

Vivir hoy la creación-comunidad en el mundo de Dios

Ruth Padilla DeBorst

Echar raíces en una tierra quebrantada

Primera escena. La ciudad está sitiada. Ningún cese a la vista. Con el acceso a sus campos bloqueado, las provisiones se están agotando; así también se va agotando la esperanza de la gente atrapada dentro de los muros. Ya están gastadas las huecas promesas de liberación pronunciadas por los falsos profetas. El fin se acerca. Así que Jeremías, siguiendo las instrucciones de Dios, procede a hacer lo que cualquiera en su sano juicio haría antes de que todo se esfumara en llamas y las tropas invasoras ocuparan la ciudad: ¡compra una parcela de tierra! Sí, eso es lo que hace: separa el dinero, firma la escritura, consigue testigos y cierra el trato. ¿Era tonto? ¿Imprudente? ¿Ingenuamente esperanzado? Jeremías, sin gran alarde, procede a guardar la escritura en una vasija de barro y, mientras las tropas enemigas derriban las murallas, públicamente —y sin existir ningún motivo obvio para tener esperanza— declara: «De nuevo volverán a comprarse casas, campos y viñedos en esta tierra» (Jer 32).

Segunda escena. Reciben una carta de su casa. Habían sido arrancados de sus familias, sus casas y su tierra, secuestrados por las tropas de Nabucodonosor. Eran «dones nadie» en la tierra extranjera de Babilonia, forzados a trabajar para gente extraña cuyo idioma no comprendían y cuyas costumbres con frecuencia ofendían su sensibilidad judía. Soñaban con el día en que volverían a casa, a sus parientes y a su lugar. Imaginen lo atónitos que quedarían al recibir las palabras de Jeremías (capítulo 29)

«Así dice el Señor Todopoderoso, el Dios de Israel, a todos los que he deportado de Jerusalén a Babilonia». ¿Dios nos deportó? ¡Esto es obra de Dios! Es increíble. Estamos acá porque Nabucodonosor es poderoso. Dios no tiene nada que ver con esto: ¡hace mucho que él se olvidó de nosotros!

Pero la carta continúa: «Construyan casas y habítenlas». Bueno, pero nuestras carpas están buenas, muchas gracias. ¡No pretendemos quedarnos tanto tiempo! ¡Estamos contando los meses para volver a casa!

«Planten huertos y coman de su fruto». ¡Planten huertas, y esperen que produzcan! ¿Quieres decir que echemos raíces en esta tierra extraña? ¿Quieres decir que estamos acá para quedarnos por un buen tiempo? ¿Quieres decir que debemos hacer de este lugar nuestro hogar?

La carta todavía no acaba: «Cásense, y tengan hijos e hijas». Parece que *sí* estaremos aquí por un buen tiempo...

«Y casen a sus hijos e hijas, para que a su vez ellos les den nietos». ¡Pero eso significa

generaciones! ¿Debemos esperar tener nietos en esta tierra?!

«Multiplíquense allá, y no disminuyan». Está bien; por lo menos eso quiere decir que Dios quiere que seamos fuertes, como nuestros antepasados en Egipto. De esa manera nos haremos poderosos y ¡los dejaremos a los babilonios en el polvo, donde se merecen estar después de tanta opresión!

Pero la palabra de Dios se vuelve aún más desafiante a sus ideas preconcebidas: «Además, busquen el bienestar de la ciudad adonde los he deportado, y pidan al Señor por ella...». ¡El bienestar de Babilonia! ¿El bienestar de nuestros enemigos, la gente que nos está esclavizando? ¿La salud de esta tierra donde nunca escogimos vivir? ¡Pedir al Señor, orar! ¡Por supuesto! ¡Obviamente pediremos: salir de este lugar! Es bueno saber que Dios está cerca y escucha nuestras oraciones. ¡Pero seguramente Dios no puede esperar que roguemos por esta gente!

La frase de cierre los deja sin boquiabiertos: «Porque el bienestar de ustedes depende del bienestar de la ciudad».

A pesar de su ilusión de ser un pueblo apartado, único y privilegiado como la nación especial de Dios, los israelitas debían aprender que estaban inextricablemente ligados, no sólo a quienes estaban dentro de su círculo íntimo y al Dios a quien habían desobedecido tan descaradamente, sino también a estos «otros», y a la tierra donde Dios los había colocado. Y justamente entre esos extranjeros y en esa tierra, debían activamente buscar la vida y plantar hogares. Debían echar raíces profundas en ese suelo. Solamente de esta manera sus vidas serían plenas y honrarían a su Dios creador. Sus sueños y sus esperanzas no debían ser meramente sobre la huída en un futuro reservado para ellos. Su condición estaba entrelazada con la de otras personas y con el lugar donde Dios los había puesto. «El bienestar de ustedes depende del bienestar de la ciudad».

Creer para convertirse en esperanzados sembradores de hogares

De hecho, el narrador bíblico que relata la acción simbólica de Jeremías y el desafío que se les presenta a los israelitas exiliados no está motivado por preocupaciones ecológicas posmodernas. En ningún lugar del texto se menciona el ambientalismo, el reciclaje, la reducción en el consumo y la emisión de CO₂, los cultivos orgánicos ni la investigación sobre fuentes alternativas de energía. Aún así, Dios nos habla hoy a través de las historias de Jeremías.

Tanto Jeremías como los israelitas exiliados estaban aprendiendo, como lo había hecho el Noé de antaño, el ABC de la creación-comunidad. El Dios-comunidad los había diseñado para vivir en relación con Dios, con su pueblo y con su tierra. Y ellos necesitaban aprender a valorar esas conexiones vivificantes. Cuando cualquiera de estas relaciones se rompía, las tres se hacían trizas. En su autosuficiencia e idolatría, se habían alejado de Dios. Eso, a su vez, los había hecho incapaces de velar apropiadamente los unos por los otros. Los poderosos entre ellos habían usado la tierra como propiedad privada para ser explotada en beneficio propio, sin ninguna consideración por la salud de la tierra ni por la condición de quienes quedaban privados de ella. Se habían vuelto incapaces de cuidar la tierra de Dios. Dios los

reuniría otra vez como pueblo en la tierra que les estaba confiando, sólo una vez que ellos hubieran aprendido nuevamente dónde encajaban en la creación-comunidad.

Nosotros también necesitamos urgentemente de esta escuela. Nosotros también necesitamos aprender a vivir como miembros de la creación-comunidad, en forma descansadamente responsable. Nosotros también estamos llamados a comprar tierras, construir casas, plantar huertos, tener hijos y esperar los nietos en la bondadosa tierra de Dios. Lejos de concebir la salvación como una escapatoria de nuestro mundo quebrantado, se nos ordena que roguemos por su bienestar y que echemos raíces profundas en su suelo con la confianza total de que Dios está con nosotros y de que los buenos propósitos de Dios para la creación entera *serán* cumplidos.

¿Dónde comenzamos? ¿Cómo podemos convertirnos en «sembradores de hogares» en el mundo de Dios? ¿Cómo debemos encarar esto de vivir la creación-comunidad aquí y ahora? El desafío que Dios les presenta a los israelitas exiliados nos provee algunas pautas.

Una conversión constante y radical engendra esperanza y una defensoría atrevida

En los círculos evangélicos se enfatiza mucho la aceptación de Jesucristo como nuestro Señor y Salvador personal. Muchos, incluso, pueden señalar la fecha de su conversión. Pero amplíemos un poco este concepto. La conversión implica un cambio radical, una reorientación, una nueva dirección. Y como pueblo quebrantado, precisamos no una sino *muchas* conversiones. Conversión del individualismo a lo comunitario, de la autonomía a la interdependencia, de la idolatría a la adoración verdadera, de arrebatar a recibir, de dominar opresivamente la creación a cuidar de ella con amor, de la indiferencia a la acción apasionada y en oración, de las definiciones occidentales de «desarrollo» a la co-participación amorosa, de la competencia a la colaboración, del protagonismo al servicio.

Ahora, entre las múltiples conversiones necesarias, una de ellas requiere mayor explicación. ¡Imaginen la reacción de los vecinos de Jeremías cuando compra tierra en una ciudad que se desmorona! Pongámonos en el lugar de los exiliados israelitas. Todos se habían acostumbrado a creer que lo que *era*, era lo que *debía ser*. Están atados por la tiranía de un «presentismo» sin esperanza y se han convertido en conspiradores resignados con la destrucción. Me atrevo a afirmar que el pueblo de Dios muchas veces vive sujeto a la misma opresión. Los problemas son tan enormes que perdemos toda esperanza y nos rendimos en desesperación. Pero todo realismo político y económico que despoja a la gente de la libertad para imaginar otros escenarios niega el poder de la resurrección de Cristo: simplemente reafirma el *status quo* y excluye a mujeres y hombres de la responsabilidad necesaria para un cambio. Como cristianos, no podemos permitir que nuestra esperanza sea coartada por tal pesimismo. La historia de la permanente y amorosa participación de Dios con su creación es fundamento suficiente para la esperanza. Con optimismo sobrio y atemperado, y por la gracia de Dios, podemos participar en relaciones restauradas unos con otros y luchar en contra de todo lo que obstaculice esas relaciones, ya sean oportunidades desiguales, prejuicios raciales, prácticas empresariales injustas, etnocentrismo, abuso de la creación. La esencia de cualquier esperanza de un mundo

mejor son las relaciones leales, veraces y de cuidado mutuo. Y éstos son obsequios de gracia que nos concede el Dios que es comunidad.

El primer paso, entonces, para vivir como creación-comunidad es la conversión. Al igual que los israelitas de antaño necesitamos librarnos de la desesperanza, la indiferencia y la pasiva contribución a la degradación de la tierra de Dios. Debemos *ver* las cosas como son y *recordar* el pacto de Dios con la creación. También necesitamos mirar hacia adelante con el anhelo vivo y esperanzador de que Dios renovará completamente todas las cosas.

Además, la esperanza provee los cimientos para una defensoría atrevida. En *Globalization Challenged. Conviction, Conflict, Community* (Un desafío a la globalización: convicción, conflicto, comunidad) Rupp le pide a la gente que coloque sobre la mesa sus visiones y compromisos sociales, sus convicciones más profundas, para conversar respetuosamente y hacer una «tasación comparativa», la cual es «inevitablemente crítica» y «autocrítica». Las personas deben estar «preparadas para ser defensores públicos de lo que implican sus convicciones para la sociedad como un todo» (Rupp: 7). Los cristianos no deben frenarse sino participar y contribuir a partir de su cúmulo de fe y experiencia. Estamos llamados a salir respetuosamente y ofrecer los recursos y dones que hemos recibido de Dios para el bien común de la humanidad y del mundo. ¡Necesitamos una permanente conversión de esperanza antes de que podamos comenzar a imaginar, proponer y defender alternativas atrevidas a este desastre en el cual estamos metidos!

Pero volvamos ahora a los israelitas exiliados y cómo la recuperación de la imagen de Dios en nosotros tiene implicancias económicas y ecológicas.

«Construyan casas y habítenlas»: una proclamación viva de la soberanía de Dios sobre toda la tierra

Como pueblo de Dios, como los israelitas de antaño, cuando estamos tentados a permitir que nuestras expectativas del mundo venidero nos hagan indiferentes al mundo actual, cuando vemos nuestro lugar presente como tan temporario que no debemos preocuparnos por su bienestar, el Dios-comunidad nos llama a construir casas y a vivir en ellas. Estamos llamados a un compromiso enraizado. No estamos simplemente de paso. Por el contrario, estamos llamados a proclamar con voz enérgica y con un estilo de vida coherente que toda la tierra le pertenece a Dios.

Mi corazón: hogar de Cristo es un libro de Ediciones Certeza Unida que ha sido muy vendido en diversos idiomas durante décadas. Guiados en un paseo simbólico por cada habitación de su casa, se los anima a los lectores a presentar y someter cada rincón de su vida individual a la autoridad de Cristo. El discipulado personal es una dimensión fundamental de la vida cristiana. Jesús envió a sus seguidores a hacer discípulos donde fuera que la vida los llevara. Pero no se detuvo allí. «Todo el poder», dijo, «me es dado en el cielo y en la tierra». A Cristo no sólo le pertenecen nuestras vidas personales ni tiene autoridad sólo sobre ellas. A Cristo le pertenece toda la tierra y todo lo que hay en ella. La tierra de Dios es el hogar de Cristo. Ninguna tierra es mi tierra; ninguna tierra es tu tierra. En todo caso, ninguna tierra le pertenece a ninguna nación-estado: esas construcciones modernas que la sociedad

espera que defendamos patrióticamente a toda costa en detrimento de la vida de sus habitantes y de la misma tierra que reclaman como posesión soberana. Toda la tierra le pertenece a Dios. Y nosotros, como hijas e hijos de Dios, debemos proclamar y vivir a la luz de esta verdad. Una pregunta clave es: ¿El hecho de que Cristo vive en nuestros corazones influye sobre nuestra manera de vivir en la tierra de Dios?

Además, los israelitas exiliados debían aprender que Dios era soberano sobre ellos no sólo en la tierra de Judá. Como dueño de hasta el último rincón de la tierra, Dios no está confinado a límites establecidos por los seres humanos: Dios los puede llevar a otro lugar y reclutarlos para cumplir los buenos propósitos de Dios en esa tierra extraña y entre aquella «otra» gente, porque esa tierra y aquella gente también le pertenecen a Dios.

Reconocer que la tierra entera es el hogar de Cristo tiene implicaciones radicales para el uso que hagamos de los recursos naturales. No podemos continuar como agentes o cómplices indiferentes de la destrucción de la tierra. Debemos denunciar todas las acciones que convierten cualquier parte del mundo en un lugar inhóspito para las criaturas de Dios –humanas y no humanas– y, por lo tanto, para el Dueño del hogar. Pero amar lo que Dios ama y cuidar la propiedad de Cristo puede ser un asunto riesgoso. La larga lucha de los indígenas en la amazonía peruana, nuestros hermanos y hermanas nazarenos, y la lucha de los sacerdotes en los bosques tropicales de Honduras y Brasil, son testimonios del hecho de que hacerle frente a los poderes de la explotación desenfrenada puede costarnos caro. Pero debemos denunciar.

Entonces, ¿qué significa para el pueblo de Dios actual construir casas y habitarlas, y así proclamar que la tierra es propiedad de Dios? ¿Estamos dispuestos a encarar las preguntas difíciles con respecto a millones de personas que hoy se ven privadas de tierra sobre la cual construir casas y vivir: refugiados, inmigrantes, la gente pobre del campo y de la ciudad? ¿Para quién construimos casas en la economía global actual? ¿Dónde las construimos? ¿Con qué las construimos? ¿Quién vive en ellas? ¿A quién le hacemos lugar en nuestras casas, nuestros santuarios íntimos? ¿Podemos concebir nuevas maneras de ser dueños? Todas éstas son preguntas económicas que no podemos evitar si deseamos vivir como creación-comunidad que proclama abiertamente que el mundo entero le pertenece a Dios.

«Planten huertos y coman de su fruto»: recuperar nuestra relación con la tierra en la creación-comunidad

Cuando los israelitas fueron arrastrados al exilio por los babilonios, alejados a la fuerza de su gente y su lugar, corrían el riesgo de perder un aspecto esencial de su identidad: su relación con la tierra. Así que pronto se los exhorta a plantar huertos y comer de su fruto. No sólo porque necesitan sustento. También necesitan afianzar relaciones restauradas con la tierra de Dios. Creados a imagen del Dios-comunidad, solamente podemos vivir plenamente nuestra humanidad cuando nos relacionamos de una manera saludable con nuestro creador, con otros seres humanos y también con la tierra. Estas tres relaciones están fuertemente ligadas. que Christopher Wright afirma en su maravilloso libro *La misión de Dios* que nuestra relación con la tierra es una medida de la calidad de las otras dos relaciones fundamentales (Wright: 76-79).

Y en otro libro de lectura obligatoria, *Colossians Remixed*, Brian Walsh y Sylvia Keesmaat afirman:

Nuestra renovación como portadores de la imagen de Dios y cuidadores de la tierra debe estar enraizada en una relación renovada con el creador, que incluye recibir perdón por esa idolatría nuestra que rompe el pacto y, quizá, en un sentido debemos buscar también el perdón de la creación misma... La renovación y la restauración ecológica requieren una espiritualidad de arrepentimiento por nuestra destrucción blasfema de esta buena tierra (Walsh y Keesmaat: 195-196).

El cuidado de la tierra es un asunto espiritual, y la destrucción desenfrenada de la misma es blasfemia, una ofensa a nuestro creador.

Entonces, ¿qué significará hoy para el pueblo de Dios plantar huertos, comer de su fruto y, de esta manera, restaurar nuestra relación quebrantada con la tierra de Dios? ¿Cómo nos comprometemos con este aspecto ecológico de la vida en nuestro planeta? ¿Cómo dejamos de «asesinar la creación», como dice Wendell Berry? Reforma agrarias, agricultura, seguridad alimentaria, conservación del agua son todas partes significativas del cuadro. También lo son todos los esfuerzos por enseñar a los niños de la ciudad que los huevos no crecen en cajas de cartón, ni la leche en plástico ni las verduras en bandejas. Planten huertos. Y preguntemos: ¿Quién come de su fruto? ¿Quiénes son los más afectados por el monopolio agroindustrial de la generación de semillas? ¿Qué alternativas estamos fomentando? Estas preguntas son fundamentales para la restauración de la creación-comunidad.

«Cásense y tengan hijos e hijas»: la familia y la iglesia como suelo fértil para relaciones convertidas

El llamado de Dios a los israelitas exiliados apuntaba a problemas económicos y ecológicos, cosas que tenían que ver con el *oikos/casa* en su expresión amplia. Pero el llamado también incluía la esfera más reducida y a la vez enormemente significativa: la vida familiar, el matrimonio, los hijos y los nietos. Es en la intimidad de esta comunidad que se amoldan los valores y las actitudes, las prioridades y el estilo de vida. Es aquí donde se siembran las semillas de consumo o sencillez, de codicia o de suficiencia y hospitalidad, de competencia o colaboración, de inclusión o exclusión. Las familias –nucleares, extendidas, biológicas o no– son actrices centrales en el escenario económico y ecológico. Ron Sider nos desafía con razón:

Cuando los líderes cristianos se acercan al gobierno para pedir cambios estructurales, tenemos más integridad y poder cuando podemos decir: «Somos parte de las comunidades cristianas que ya están comenzando a vivir lo que les pedimos que legislen». Nuestro pedido de cambios profundos en la política externa hacia los dos tercios del mundo, diseñados a fin de implementar mayor justicia económica global, sólo tiene integridad si somos parte de congregaciones cristianas que ya están comenzando a encarnar un estilo de vida más sencillo que apunta a un planeta más justo y ecológicamente sustentable. Nuestro llamado al desarme nuclear y a la paz internacional tiene integridad solamente si hay

paz e integridad creciente en nuestras familias e iglesias.¹

Podemos agregar: cuando hacemos defensoría en Copenhague, cuando oramos pidiendo un cambio de corazón en los líderes del mundo, cuando exigimos compromisos presupuestarios de parte de nuestros gobernantes para investigación sobre fuentes alternativas de energía, cuando boicoteamos algunos monopolios de alimentos o recomendamos medidas de adaptación, nuestro reclamo de justicia tendrá integridad si, al mismo tiempo, quienes estamos incluidos entre los ricos y poderosos de nuestro mundo pensamos dos veces antes de usar otro trozo de papel, darnos largas duchas calientes, manejar autos que consumen mucho combustible, comprar comida empaquetada, tirar cosas a la basura y demás. Ninguna de estas medidas es demasiado pequeña.

Y hablando de las cosas pequeñas, permítanme destacar un pequeño y hermoso libro de Schumacher, *Lo pequeño es hermoso*, donde pone en tela de juicio la presunción de que el progreso consiste en «tamaños cada vez más grandes, velocidades cada vez más rápidas y violencias cada vez mayores, desafiando de las leyes de la armonía natural». Continúa diciendo que debemos hacer lo posible por redireccionar el desarrollo tecnológico «hacia las verdaderas necesidades del hombre... al tamaño real del hombre. El hombre es pequeño y, por lo tanto, lo pequeño es hermoso. Ir tras el gigantismo es ir hacia la autodestrucción» (Schumacher 169). Y más aún:

La posibilidad de mitigar la tasa de agotamiento de los recursos o de traer armonía a las relaciones entre quienes poseen riqueza y poder y quienes no los tienen es inexistente mientras no haya ninguna idea en ningún lugar de que lo suficiente es bueno y lo más-que-suficiente es malo (Schumacher 315).

Las familias y las comunidades locales de fe son lugares ideales donde las nuevas generaciones pueden aprender a distinguir entre necesidades y deseos, entre suficiente y demasiado, antes de que se contagien con la enfermedad del consumismo que lentamente nos está matando a todos.

«Busquen el bienestar de la ciudad»: sabático y jubileo

El último mandato a los israelitas tenía que ver no sólo con sus familias, sus parcelas de tierra y sus casas, sino también con el bienestar de toda la ciudad y la tierra con las cuales estaban entrelazados. La ley de Dios, las normas establecidas para la vida de su pueblo, fijaba garantías para el bienestar de todas aquellas personas unidas ya sea por el comercio o la guerra, por migraciones o matrimonio, y para la tierra que habitaban y que los sostenía. Las condiciones prescritas procuraban asegurar la subsistencia y la restauración de los más débiles –viudas, huérfanos, extranjeros y aun criminales. En el año de jubileo, quienes habían sido hechos esclavos debían ser liberados, y las tierras perdidas debían ser devueltas a su dueño original. De la misma manera, el séptimo año era sabático, un año de descanso durante el cual los israelitas no debían sembrar ni cosechar sino permitir que la tierra se recupere. Éstas eran medidas socio-económicas y ecológicas diseñadas por Dios para garantizar

¹ Sider, Ronald, «Voice of The Day» en *Sojourners*, septiembre 25, 2006.

relaciones buenas y justas, no sólo entre las personas sino también entre el pueblo de Dios y la tierra de Dios.

En nuestra precipitosa carrera por producir y consumir, por comprobar y mejorar, por vender y sobresalir – aun como líderes cristianos, trabajadores del desarrollo, defensores del medioambiente – tanto el jubileo como el sabático son prácticas que hoy, más que nunca, pueden contribuir a vivir la creación-comunidad. Jubileo: el año de ajuste de cuentas, de remediar las faltas, de re-distribuir, de renunciar por parte de quienes tienen demasiado (imaginemos: ¿existe tal cosa como tener demasiado!) y de recibir por parte de quienes tienen demasiado poco (¿demasiada gente en nuestro mundo conoce esa condición!). Sabático: tiempo de quietud y meditación durante el cual permitimos que nos nuestros acelerados corazones se calmen, escuchen, reciban, sientan el canto de la naturaleza y el mover del Espíritu de Dios. Nuestro regalo de descanso a la tierra, para que ella también se renueve. Tiempo de espera – como Noé y todos los habitantes del arca, como los israelitas exiliados – para que se complete la obra de Dios.

En el comienzo y en el fin: Dios con nosotros

Escuchamos poderosamente la historia de Génesis revelada a Moisés. La historia que explicaba quiénes somos nosotros como parte de la creación, y quién es Dios. Y se nos recordó que *en el principio*, aún antes del principio, *Dios*. Escuchamos la historia de Noé de un segundo comienzo, donde otra vez, *Dios*. Nos unimos a Isaías en la conciencia confiada con respecto a otro comienzo, de los cielos nuevos y la tierra nueva, que ya han llegado pero que serán completados a buena hora por Dios. Y cerraremos esta reflexión bíblica con las palabras finales de la carta de Jeremías, otra vez centradas en Dios.

«Así dice el Señor: Cuando a Babilonia se le hayan cumplido los setenta años...»: ¿No es llamativo? Dios no cuenta los años de los exiliados, sino los años en los cuales la tierra de Babilonia, el pueblo de Babilonia, contará con la presencia del pueblo de Dios entre ellos.

«...yo los visitaré; y haré honor a mi promesa a favor de ustedes, y los haré volver a este lugar»: aquí aparecen la gracia y el amor sobreabundantes de Dios.

«Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes – afirma el Señor –, planes de bienestar...»: ¿planes de bienestar e integridad donde todo se había roto, de comunidad donde ésta se había desgarrado!

«Planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza»: alienación, separación, desunión, enajenamiento – todo este desastre – ¿no es el fin del relato!

Lo mejor todavía está por llegar: «Entonces ustedes me invocarán, y vendrán a suplicarme, y yo los escucharé. Me buscarán y me encontrarán...».

¿Recuerdan a Dios buscando a su criatura en el jardín?: «Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón. Me dejaré encontrar – afirma el

Señor— y los haré volver del cautiverio. Yo los reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde los haya dispersado, y los haré volver al lugar del cual los deporté, afirma el Señor». Otra vez el tema del exilio, el destierro del jardín, esa consecuencia natural de la rebeldía humana. ¡Pero Dios anhela traer al pueblo de Dios de retorno a su hogar!

Y como fue en el primer comienzo, también lo es en todos los nuevos comienzos: Dios, Dios, Dios.

¿Queremos vivir la creación-comunidad en medio de la destrucción producida por la codicia humana y las privaciones, la degradación ambiental y el cambio climático? En palabras de Zac Niringiye, sigamos profundamente perplejos pero no paralizados. Continuemos siendo descansadamente responsables. Busquemos primero a Dios, el reino de Dios, la justicia de Dios. El resto nos será concedido.

Hagamos nuestra esta oración:

De vez en cuando, dar un paso atrás nos ayuda
a tomar una perspectiva mejor.

El Reino no sólo está más allá de nuestros esfuerzos
sino incluso más allá de nuestra visión.

Durante nuestra vida, sólo realizamos una minúscula parte
de esa magnífica empresa que es la obra de Dios.

Nada de lo que hacemos está acabado,
lo que significa que el Reino está siempre ante nosotros.

Ninguna declaración dice todo lo que podría decirse.
Ninguna oración puede expresar plenamente nuestra fe.

Ninguna confesión trae la perfección,
ninguna visita pastoral trae la integridad.

Ningún programa realiza la misión de la iglesia.
En ningún esquema de metas y objetivos se incluye todo.

Esto es lo que intentamos hacer:
plantamos semillas que un día crecerán;
regamos semillas ya plantadas
sabiendo que son promesa de futuro.

Sentamos bases que necesitarán un mayor desarrollo.
Los efectos de la levadura que proporcionamos
van más allá de nuestras posibilidades.

No podemos hacerlo todo y, al darnos cuenta de ello,
sentimos una cierta liberación.

Ella nos capacita a hacer algo, y a hacerlo muy bien.

Puede que sea incompleto, pero es un principio,
un paso en el camino,
una ocasión para que entre la gracia del Señor y haga el resto.

Es posible que no veamos nunca los resultados finales,
pero ésa es la diferencia entre el jefe de obras y el *albañil*.

Somos albañiles, no jefes de obra; ministros, no el Mesías.
Somos profetas de un futuro que no es nuestro.

Amén.

(Éstas son reflexiones que se le atribuyen a Óscar Arnulfo Romero, arzobispo salvadoreño asesinado por los escuadrones de la muerte en 1980, aunque fueron escritas por el padre Ken Untener de Sagniauw y compartidas en una homilía por el cardenal John Dearden.)

Bibliografía

Bello, Walden, «Globalization in Retreat» en *Foreign Policy in Focus*, Diciembre 27, 2006, <http://www.fpif.org/fpiftst/3826>.

Democracy Now and Amy Goodman, «How the US uses Globalization to Cheat Poor Countries out of Trillions in World Prout Assembly»: www.worldproutassembly.org/archives/2005/11/confessions_of.html

Easterly, William Russell, *The White Man's Burden: Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good*, Penguin Press, Nueva York, 2006.

Novak, Michael, «The Spirit of Democratic Capitalism» en *Christian Social Ethics: A Reader*, Pilgrim Press, Cleveland, 1994.

Paquin, Andrew, «Politically Driven Injustice. Fixing Global Poverty Requires More Than Rick Warren's PEACE plan» en *Christianity Today*, febrero 2006, p. 88.

Rosenstock-Huessy, Eugen, *Planetary Service: A Way into the Third Millenium*, Argo Books, Norwich, 1978.

Rupp, George, *Globalization Challenged: Conviction, Conflict, Community*, University Seminars/Leonard Hastings Schoff Memorial Lectures, Columbia University Press, Nueva York, 2006.

Sachs, Jeffrey, *The End of Poverty: Economic Possibilities for Our Time*, Penguin Press, Nueva York, 2005.

Sider, Ronald, «Voice of the Day» en *Sojourners*. septiembre 25, 2006.

Stiglitz, Joseph E., *Making Globalization Work*, W.W. Norton & Co., Nueva York, 2006.

Suri, Sanjay, «Free trade enslaving poor countries» en World Prout Assembly:
www.worldproutassembly.org/archives/2007/03/free_trade

Wright, Christopher, *La misión de Dios*, Certeza Unida, Barcelona-Buenos Aires-La Paz- Lima, 2009.